

deis tolerar que yo traiga mal puesta la túnica. Reparad ante todo los desórdenes que habeis introducido, y despues repararé yo la falta que notais en mi hábito.

JUAN EL SILICIANO, EL ABAD ANDRÉS,  
MÉNAS, DANIEL, Y TEODORO, RELIGIOSOS  
DE RAITHA. — LOS DOS GREGORIOS

Hemos dicho que san Juan Clímaco escribió su excelente obra de la *Escala santa* á ruegos de Juán, abad de Raitha, y á quien este Santo tributa grandes elogios. Entre otras cosas admira su humildad, pues, siendo tan capaz de instruir á los demás, se dirigía á él para su edificación y la de sus religiosos; pero aún más que su profundo conocimiento de las cosas santas, reconocia la excelencia de su mérito en la práctica de todas las virtudes.

— Créese que este bienaventurado abad es Juán el Ciliciano, de que ya hemos hablado, y las máximas que le atribuye Juán Mosch en su *Prado espiritual*, confirman lo que dice san Juán Clímaco acerca de las luces con que el Señor le habia favorecido.

El desierto de Raitha se hallaba habitado por religiosos muy respetables por su edad y por sus virtudes, cuando vino a consagrarse en él al Señor. Habia ancianos que durante setenta años no se habian alimentado más que con yerbas y dátiles, y esto confirma lo que hemos dicho en la vida de san Nilo.

Allí pasó setenta y dos años en los trabajos de una vida la más austera, y tuvo grandes tentaciones que sostener de



Joy. de Gandon. int. Paris.

Grawe. Amst.

1.<sup>o</sup> Abad Andrés.  
El Abad Andrés.

Tome 5.

parte de los demonios, que, envidiosos de su eminente virtud, le declararon una guerra prolongada y cruel. Su mérito le atrajo bién pronto la confianza de todos sus hermanos, que quisieron tenerle por abad. Les recomendaba muy encarecidamente que huyesen del mundo, y que con la mortificación reprimiesen los malos deseos. « Esta es, les decia, una morada de solitarios, y no un lugar de tráfico. » Les recordaba los ejemplos de los antiguos, sobre todo su penitencia tan austera, y su recogimiento tan rígido. Les daba, por último, este excelente consejo, que debería estar escrito en todos los monasterios, y grabado en el corazón de todas las personas religiosas. « Guardémonos, hijos míos, de profanar con nuestros vicios un lugar, de donde nuestros Padres arrojaron á los demonios. »

Entre los principales solitarios de Raitha merece especial mención el abad Andrés, que fué una de sus más brillantes lumbreras. Le damos aquí el título de abad con el autor del *Prado espiritual*, no por que fuese superior de Raitha, sino porque se daba este nombre á los solitarios más respetables, sobre todo cuando á su avanzada edad unian una virtud eminente.

La reputación del abad Andrés habia llegado hasta Antioquía, en que san Simeón el Joven, que era la admiración de todo el Oriente, le dió una prueba de la veneración que profesaba á su virtud. Hallándose poseido del demonio un solitario, vino á Antioquía en busca de san Simeón para que le librase por medio de sus oraciones. Preguntóle en donde vivia, y al saber que era religioso del monte Raitha, le dijo : « Me admira que, habiendo en vuestro monasterio padres tan respetables, hayais emprendido un viaje tan largo, para venir á un pecador tan miserable como yo. Volved á Raitha, y pedid al abad Andrés que ore por vos. » Hizo el solitario lo que le mandó el Santo : se arrojó á los pies de Andrés, que oró por él, y le alcanzó la libertad con

el fervor de sus oraciones. Pero como estaba dotado de una profundísima humildad, léjos de atribuirse la gloria de este milagro, la atribuyó á Dios, de quién procede todo bién, y á la mediación de san Simeón.

Hemos hablado en otro lugar de un solitario llamado Andrés, á quién se atribuye una bellísima sentencia, pero es distinto de éste. Juan Mosch refiere extensamente un suceso extraordinario del abad Andrés, que vivia en las inmediaciones de Alejandria, en el departamento ó barrio décimo octavo.

Dios ilustró con una luz sobrenatural al mismo san Simeón, de quién acabamos de hablar, para la conversión de un solitario de Raitha, que habia tenido la desgracia de abandonar su estado para volver al mundo.

Este solitario, llamado Ménas, habia sido elevado al diaconado, y ejercía sus funciones en el monasterio de Raitha. Habiéndole enviado fuera su superior para que evacuase un asunto de la comunidad, fué tentado de volver al siglo, y sucumbió á la tentación. Algunos años despues, yendo de Teópolis á Seleucia, vió á lo léjos el monasterio de san Simeón, de quién habia oido hablar mucho, y la curiosidad le llevó á él, para ver á este santo hombre, que, subido en su columna, era el prodigio de su siglo, como san Simeón el anciano lo habia sido del anterior.

Conoció el Santo por revelación quién era el que se le acercaba, y mandó á su discípulo que tomase unas tijeras, y cortase los cabellos á aquel hombre. Admirado Ménas y lleno de terror, no pudo hablar, y se dejó cortar el cabello sin oponer la más leve resistencia. El Santo le dijo entonces que volviese á Raitha, y Ménas, algo repuesto de su estupor, le manifestó que no podia hacerlo sin grande confusión, ni soportar la mirada de aquellos venerables Padres, á quienes habia abandonado. « No temais, hijo mio, le replicó el Santo : os recibirán con mucha caridad,

y vuestra conversión les causará grande gozo. Os acaecerá algo extraordinario, que os demostrará que el Señor ha perdonado vuestro pecado.

Consolado Ménas con estas palabras, volvió á Raitha, en donde se verificó puntualmente la predicción, del Santo: pues los Padres le recibieron con grandes demostraciones de ternura y de caridad. Le permitieron que ejerciese las funciones de su órden, y un dia que llevaba el cáliz con la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo, le pareció como que le salia de la cabeza uno de sus ojos, lo cual fué una señal, por la que conocieron los Padres que Dios le habia perdonado su deserción, como le habia asegurado san Simeón.

Añade el mismo autor que el abad Eusebio, sacerdote del mismo monasterio, le refirió que un dia el maligno espíritu, que se transforma algunas veces en ángel de luz, tomó las apariencias de un monje, y llamó á la puerta de la celda de un anciano. Era costumbre entre estos santos religiosos empezar todas sus conversaciones con la oración. Abriendo la puerta el buén anciano, recibió á este espíritu fantástico, cual si fuese lo que aparecia, y le dijo: « Hagamos oración; » pero el demonio no dijo más que la mitad de una fórmula, que en realidad nada significaba. El anciano se apercibió de ello, y le dijo que orase; pero el maligno espíritu no hizo más que repetir lo que ántes habia dicho. Entónces el anciano le replico: orad de esta manera: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo* ahora y por los siglos de *los siglos*. Al oír estas palabras, desapareció el demonio.

El abad Daniel fué también religioso de Raitha, lo mismo que Teodoro, que escribió acerca del misterio de la Encarnación; pero nada de particular sabemos de su vida. Conservamos parte de ella escrita por san Juan Clímaco: Teodoro no es conocido más que por su obra dogmática.

Dos solitarios con el nombre de Gregorio, el uno Bizantino y el otro Faranita, se retiraron á una isla del mar Rojo, en la que no habia agua dulce; de modo que tenian que venir á tierra firme de tiempo en tiempo para proveerse de ella. Una noche se hizo pedazos la barquilla á causa de una tempestad, y se vieron reducidos á morir de sed. Ocho meses despues algunos solitarios de Raitha, que pasaron á esta isla, descubrieron sus cuerpos, que aún estaban enteros, y llevándolos consigo, les dieron sepultura en su monasterio. En el dorso de una tortuga encontraron escritas estas palabras. « El abad Gregorio de Farán ha muerto de sed, despues de estar veintiocho dias sin beber, y yo he pasado treinta y siete dias en la misma necesidad.

---

#### ESTADO DE LOS MONJES DE EGIPTO Y DE LAS PROVINCIAS COMARCANAS EN TIEMPO DE SAN JUAN MOSCH <sup>1</sup>

Juán Mosch, religioso del monasterio de san Teodosio, en la diócesis de Jerusalem, hizo dos viajes á Egipto. El primero para evacuar algunos asuntos de su comunidad hacia el año 580, y el segundo con su discípulo san Sofronio hacia el de 606, y con este motivo visitó á muchos solitarios, tanto de Egipto como de los desiertos inmediatos. Expondremos aquí lo que refiere de ellos, y esto confirmará lo que hemos dicho en los capítulos precedentes acerca, de los religiosos que se sostuvieron en la fé y piedad

<sup>1</sup> Vitt PP., Juán Mosch, Baronio, Surio, Cotelier y Bulteau.